

Sigue de la primera plana

dependiera enteramente de la voluntad de un cuerpo legislativo extranjero.

En el mejor de los casos, y suponiendo que el TLC resultó aprobado en el Congreso de los Estados Unidos —al momento de escribir esta columna no era posible saber el resultado de la votación en ese cuerpo legislativo—, a los negociadores mexicanos se les puede reprochar el que hubieran apostado al TLC más de lo que tenían derecho a poner en juego. En realidad no se puede evitar la sensación de que tan peligroso juego se debió a que los dirigentes mexicanos decidieron buscar en el factor externo, la tabla de salvación que no encontraron dentro de México.

"México es hoy más fuerte", aseguró el Presidente en su V Informe de Gobierno. Si tal afirmación correspondiera a la realidad, la negociación del TLC hubiera tomado otro camino, especialmente en su última etapa. Sin embargo, el angustioso —y humillante— final de la negociación del TLC con Estados Unidos, mostró exactamente lo contrario: mostró que el 17 de noviembre de 1993 México fue más vulnerable de lo que había sido en mucho tiempo.

El error de base de lo que pasó el día de ayer, fue el haber hecho depender del éxito del TLC el éxito del esfuerzo de la modernización económica del país, pues de esta manera, el futuro inmediato de México se hizo depender de la naturaleza de las fuerzas dominantes en Estados Unidos, la mayor potencia del mundo. Cuando un Presidente George Bush ganador de la guerra del Golfo (1990-1991) dio todo su apoyo al salinismo y al TLC, el gobierno mexicano pareció estar avanzando montado en la ola del futuro. Sin embargo, todo cambió de golpe cuando Bush fue derrotado en 1992 por William Clinton y los demócratas. A partir de entonces, las condiciones se tornaron difíciles para el proyecto mexicano, y la oposición al TLC desde las bases de la sociedad norteamericana, empezó a ganar fuerza y a influir en la

maquinaria que toma las decisiones.

Cuando el TLC empezó a enfrentar a una oposición en ascenso, la debilidad de la posición mexicana —que estaba ahí desde el principio pero que el salinismo no quiso aceptar o no pudo ver— empezó a salir a flote. Esta debilidad, justo es reconocerlo, era en parte resultado de circunstancias o variables sobre las que México había tenido poco o ningún control: el fracaso del modelo económico de desarrollo protegido, por ejemplo, o el auge y caída de los precios mundiales del petróleo hace tres lustros. Sin embargo, esa debilidad no era únicamente producto de factores incon-

trolables: también lo era y es de otros sobre los que, en principio, sí se puede tener control: la corrupción, la ineficiencia, la desigualdad y el autoritarismo.

A estas alturas, es claro que la capacidad mexicana de controlar las grandes variables externas que inciden en la seguridad y bienestar del país —la naturaleza y vigor de la demanda externa, los movimientos del gran capital internacional, la transferencia tecnológica, los flujos migratorios, etcétera— es muy limitada. Pero el margen de maniobra mexicano se estrecha aún por el hecho de que el TLC se convirtió por decisión del

gobierno, en el factotum de la transformación de la economía mexicana y eje sobre el cual construir el futuro como parte integral de la economía norteamericana.

Para ilustrar con hechos concretos la debilidad que el TLC introdujo en la posición mexicana, nada mejor que tomar algunos datos de lo que ocurrió la semana pasada. Ante la mera expectativa de que el vicepresidente norteamericano, Albert Gore, fuera derrotado el martes 9 en su debate por televisión sobre el TLC por el millonario texano, populista y demagogo, Ross Perot, se llegó a un "desborde temporal de mercados" en México.

*Nunca más una Negociación Como esa*

## Error, Depender de Washington

- ★ *Hacia Mucho Tiempo México no era tan Vulnerable*
- ★ *El Interés Nacional, a Merced de un Factor Externo*
- ★ *¿Qué Clase de Relación Bilateral Depara el Futuro?*

LORENZO MEYER

El interés nacional en política exterior, es demasiado importante, sutil y complicado como para dejarlo exclusivamente en manos de una élite tecnocrática, proclive a buscar en los golpes espectaculares y en el exterior, la solución a sus problemas.

Lo anterior viene al caso porque es claro que los responsables de la conducción de la política internacional de México, aceptaron o permitieron que en un momento particularmente delicado, el interés nacional quedara encarnado en un tratado internacional —el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos (TLC)— y que el éxito o fracaso de ese tratado

**SIGUE EN LA PAGINA TREINTA Y OCHO**

El temor a los efectos negativos del debate en la opinión pública norteamericana, se reflejó en una demanda de dólares que obligó a un ajuste de 4.8% del tipo de cambio, forzó el cierre temporal de casas de cambio en la frontera ante la falta de dólares (el dólar llegó a cotizarse allá hasta N\$4.50 por dólar), produjo una salida de alrededor de 4 mil 600 millones de dólares equivalentes a 20% de la reserva de divisas (El Financiero, 15 de noviembre), el Banco de México debió comprar papel gubernamental por 6,200 millones de dólares. Y finalmente, las tasas de interés en el mercado secundario se dispararon hasta

llegar a 28%. Ante una situación como ésta, ¿es realmente posible suponer que hoy México es realmente más fuerte que en el pasado y que negoció el TLC desde esa posición de fortaleza con Estados Unidos? Creo que no.

Detrás de la urgencia de lograr al TLC está la incapacidad de la economía actual de generar empleos, es decir, una debilidad terrible. En efecto, hoy están entrando al mercado de trabajo los jóvenes que nacieron hace 18 o 20 años, es decir, que la fuerza de trabajo (más de 26 millones de mexicanos) está creciendo al 3% anual, pero no así sus posibilidades de empleo productivo. En las proyecciones presentadas el mes pasado por la organización de diagnóstico económico Ciemex-Wefa con sede en Filadelfia. Y bajo el supuesto de que el TLC entraría en vigor en enero del año entrante, se calculó que la creación de empleo en el sector formal mexicano sería de apenas 0.6% en 1994, de 1.2% en 1995 y de 2.4% en 1996. En suma, incluso en las mejores condiciones, se van a necesitar un buen número de años —más allá del año 2000—, para absorber productivamente a los jóvenes mexicanos y, además, disminuir el monstruoso sector informal que va en aumento y cuya productividad es, por definición, muy baja o nula.

El México de hoy y del futuro va a depender del factor externo. Ahora bien, para todo propósito práctico, ese factor externo tiene un nombre propio: Estados Unidos, un país extraordinariamente más poderoso que el nuestro en lo económico, lo tecnológico, lo militar, lo institucional y lo político. Lo anterior significa que prácticamente todas las variables centrales de nuestro modelo económico serán influidas de manera determinante por la dinámica e intereses que priven al norte de nuestras fronteras. Hoy por hoy, la debilidad de México es tal, que no está en capacidad de ser el arquitecto de su propio destino. Y es el reconocimiento de esa situación lo que empujó a los gober-

nantes mexicanos a buscar el TLC y a apostar el todo por el todo.

En la teoría de la interdependencia —que es justamente la que está sirviendo de marco y de justificación al acercamiento e integración con Estados Unidos— se señala que un país relativamente débil como el nuestro puede sacar buen partido de una relación con un país fuerte, siempre y cuando logre concentrar su voluntad y energía en unos pocos temas claves. Desafortunadamente, la realidad está resultando más complicada de lo que se suponía, pues a pesar de que en sacar adelante el TLC, el gobierno de México concentró su energía y voluntad como nunca, la incertidumbre acompañó a toda la operación, particularmente al final.

No hay duda de que el gobierno de Carlos Salinas de Gortari hizo poco menos que lo imposible por lograr convencer a las élites políticas y económicas norteamericanas —más que a las mexicanas— de que el TLC era un buen negocio: adoptó como propio el modelo neoliberal americano, redujo el aparato estatal, modificó la Constitución, cambió la naturaleza de la política exterior, aceptó no incluir en el TLC el movimiento de mano de obra ni fondos compensatorios (como España y Portugal le pidieron a Alemania), aceptó negociar acuerdos paralelos sobre condiciones ambientales y laborales tal y como lo demandó el Presidente Clinton pese a que el tratado ya había sido concluido y, finalmente, al cuarto para las doce, hizo concesiones a los norteamericanos en materia de exportación de vidrio, azúcar o cítricos.

Además de amoldarse en casi todo a las necesidades norteamericanas —la excepción es el petróleo—, el gobierno de Salinas creó una formidable máquina de cabildeo (de lobby) en Washington para ganarse la buena voluntad de los líderes políticos norteamericanos. De acuerdo con un artículo aparecido en *The Nation* (14 de junio), de 1989 a mediados de 1993, el gobierno mexicano y

miembros del sector privado, habían reportado ante el Departamento de Justicia, el gasto de 25 millones de dólares en cabildeo, aunque se sabe que la suma efectivamente gastada es mucho mayor. La lista de cabilderos pagados por el gobierno mexicano en Washington es impresionante, pues hay en ella 33 ex funcionarios norteamericanos que conocen bien quién es quién en Washington. Finalmente, el gobierno de México logró movilizar el apoyo de grandes empresas norteamericanas como Eastman Kodak, General Electric o American Express, que crearon la organización USA-NAFTA con el fin de apoyar la ofensiva mexicana sobre el Capitolio de Washington. En resumen, el esfuerzo mexicano para sacar adelante el TLC es el mayor que se haya hecho en Washington para influir sobre el Poder Legislativo en el último cuarto de siglo. Pues bien, pese a todo ello, resulta que hasta el último minuto el Presidente Salinas y sus colaboradores, y todos los mexicanos interesados en el asunto, no tenían la seguridad de que la atractiva oferta hecha a Estados Unidos fuera aceptada. Si después de cuatro años un esfuerzo tan descomunal, sin precedente en la historia de la política exterior de México, el resultado se mantuvo incierto hasta el último minuto ¿qué clase de relación con el vecino del norte nos depara el futuro?

No, definitivamente no es prudente hacernos la ilusión de que hoy México es más fuerte que antes. Los hechos muestran que en realidad el TLC se negoció desde una posición de debilidad, aunque se buscó ocultar ese hecho a la opinión pública. En realidad, sólo la conciencia de la debilidad explica que el grupo gobernante apostara tanto a una sola ficha: buscó la salvación en una sola jugada. Si la experiencia sirve de algo, sería de desear que sirviera para que nunca más aceptemos pasar por una situación tan peligrosa y humillante como ésta.